

después de las aportaciones que van de Pierre-Quint en 1935 a Duchêne en 1994, pasando por Painter, de Diesbach y otros, incluido el mismo Tadié, que se han acercado a su obra y a su vida, a lo uno a través de lo otro. Jean-Yves Tadié ha concebido esta voluminosa aproximación a Proust como una síntesis, teniendo en cuenta, además de la abundante documentación, el trabajo minucioso que se ha llevado a cabo sobre sus manuscritos, porque al fin y al cabo, *La recherche* es una obra inacabada. Por otro lado, según Tadié, la verdadera vida de un escritor es su obra, de ahí que la muerte no le ponga fin y se pueda seguir teorizando al respecto. Naturalmente esta afirmación tiene un límite, según creo: la vida del autor no puede acompañar a la obra en todas sus aventuras. Lo sabía muy bien Flaubert en su lecho de muerte: aunque había afirmado que Madame Bovary era él, en frase que hizo época, la maldijo porque él se estaba muriendo mientras ella seguiría viva. Nadie puede acabar de penetrar en la vida de Proust como nadie puede agotar la vida de su asistente, Celeste Albaret. Así que hay un momento en que lo estrictamente biográfico ha de dar paso a la imaginación y al ensayo. Tadié no ignora este aspecto.

La vida se torna libro —y es bien sabido que Proust aprovechó cada anécdota de su vida como si su verdadero sentido hubiera sido desembocar en un libro—, y el li-

bro, vida. Así que Tadié, describe e interpreta la vida de Proust hasta que de pronto ha de pasar forzosamente a escribir la vida de Proust a través de sus libros. Ambas realidades se interpenetran, están llenas de reflejos, que según Ortega y Gasset es «la forma más sensible de existencia virtual de la presencia de una cosa en la otra». Y una realidad tan ensamblada no se ofrece en bloques claros y distintos precisamente: todo lo que se sabe de Proust, incluida su obra, necesita de interpretación y tal como lo ha llevado a cabo Tadié, de narración. No hay historia ni biografía sin la intervención de la imaginación. Y no es que Tadié no haya sido riguroso, sino que para serlo hay necesidad de ese órgano invisible que da frutos tangibles. No es fácil penetrar en las nieblas de una vida sin una luz que es propia del que penetra, no de la opaca realidad desafiante. Para ello, este biógrafo ha buceado en todos los datos posibles, no se ha contentado como Painter, en tomar la obra de Proust como testimonio verídico de su biografía, transformando así la novela en datos. Pero tampoco ha prescindido, obviamente, de la obra, porque es el motivo de que ese hombre llamado Marcel sea estudiado.

Tadié, a quien se debe la edición de *A la recherche du temps perdu* en la Biblioteca Pléiade (1987-1989), ha escrito varios libros sobre el mismo autor: *Proust et le roman*, *Lectures de Proust* y *Proust*.

Cultura escrita en sociedades tradicionales, Jack Goody (comp.), traduc. de Gloria Vitale y Patricia Willson, Ed. Gedisa, Barcelona, 1996, 383 pp.

Jack Goody, catedrático de la universidad de Cambridge y autor de conocidas obras sobre aspectos sociológicos y antropológicos, recopila aquí diez ensayos sobre el papel que desempeña la cultura escrita en distintas sociedades. Frente a la moda de pensar la importancia de los nuevos medios de comunicación, Goody vuelve a lo que ha sido el soporte fundamental en la transmisión de la cultura, la palabra escrita. Los trabajos abarcan desde la China e India tradicionales a la Inglaterra preindustrial. No es que estén todos los momentos claves sino que se señalan algunos paradigmas o modelos de interés. En su introducción, Goody da un repaso al contenido del libro deteniéndose en el valor de los libros en la antigua India como mnemotecnia: la repetición y conservación del documento más que la discusión o análisis. Esta inmovilidad del texto se acompañaba de un valor sagrado, de ahí que el analfabeto, aunque no podía descifrar su contenido, podía sin embargo sostenerlo en las manos y pasárselo por la frente con el fin de verse beneficiado por los dones del libro. Esto mismo ocurría en las bibliotecas giratorias de China y del Tibet que permitían a los analfabetos obtener las virtudes que brinda la lectura de las escrituras. En cuanto a China, Goody nos recuerda los grandes períodos en que su escritura empleaba

un sistema no fonético, tonal. Citando a De Francis, rescata este dato: durante la mayor parte de la historia de China sólo un 1 ó 2 % ha compartido el conocimiento de su escritura ideográfica, que era realmente complicada. Por eso se pensó (desde Lenin a Mao Tse-Tung, pero también lo pensaron numerosos misioneros en el siglo pasado) que el gran cambio de la cultura china debería comenzar por la fonetización de la lengua. Si se quiere acabar con el confucianismo hay que comenzar por la lengua. Y a principio de este siglo se introducen los símbolos fonéticos como elementos auxiliares en el aprendizaje de los caracteres.

Ensayo valioso pues, porque no sólo estudia el proceso de transformación de culturas tradicionales con una escritura altamente sofisticada sino la influencia de ésta en sociedades ágrafas. El mismo Goody estudia la repercusión de la escritura en el norte de Ghana, Meggitt analiza el papel de la escritura europea en los movimientos de Nueva Guinea conocidos como cultos Cargo, etc. Un libro, pues, no sólo interesante por sus investigaciones sino también porque puede suscitar ideas respecto a las influencias de los nuevos lenguajes en la sociedad moderna.

Las palabras bajo las palabras. (La teoría de los anagramas de Ferdinand de Saussure), Jean Starobinski. Traducción de Lía Varela y Patricia Willson, Ed. Gedisa, Barcelona 1996, 137 pp.

Saussure investigó sobre los anagramas desde 1906 a 1909. En la

Biblioteca Pública de Ginebra se encuentran 148 cuadernos, con anotaciones de diversa extensión, que se ocupan de temas como los anagramas en Homero, Virgilio, Lucrecio, Ovidio, hipogramas en Ángel Policiano, Rosati, Pascoli, la versificación védica e investigaciones sobre los *Nibelungos*. Starobinski extrae de todos estos manuscritos la mayor parte de las reflexiones teóricas de carácter general. De ellas se puede deducir su preocupación por la diacronía larga de la historia y los aspectos sincrónicos de la lengua. El famoso *Curso de lingüística general* fue expuesto entre 1907 y 1911.

Starobinski, que ya había estudiado a Saussure en diversos artículos, rescata aquí textos del gramático ginebrino estructurándolos con su propio discurso ensayístico con el fin de hacerlo accesible, ya que esta investigación quedó en retazos, apuntes, acumulaciones de datos, pero sin llegar a concretarse en una obra. Es un curioso y denodado estudio sobre la intuición de que los poetas griegos y latinos componían sus poemas a partir de una palabra-tema que no aparecía explícitamente. Una palabras de fondo, en definitiva, anterior a las palabras y que se expresa en la totalidad organizada de éstas. La intuición permitió a poetas como José Ángel Valente hablar de una palabra de fondo en Saussure, la misma que encuentra en la Cábala o en la mística. Starobinski, sin llegar a tanto, nos muestra las peripecias de esta investigación, sus

tanteos y su fracaso final. No del todo: ese esfuerzo desembocó en el *Discurso*, la gran aportación a la lingüística moderna de un autor, en palabras de Starobinski, que trató la Lengua, una abstracción, como algo concreto, material.

El nacer del día, Colette, traducción de Julia Escobar, Ed. Pretextos, Valencia, 1996.

Colette (1873-1954) no sólo fue una gran novelista sino que también tuvo una vida novelera, plena de matrimonios, de anécdotas, reflejos e intrigas. Fue actriz, periodista, conferencista, editora, fabricante de perfumes, aunque lo que nos queda es una obra profusa de la que se puede extraer *El nacer del día*, considerada por la crítica como una de sus mejores novelas, pero la variedad de su obra evita que se escoja cualquiera de sus libros en olvido de los demás. Como es bien sabido, sus primeros libros fueron publicados (la serie de *Claudine*) con el nombre de uno de sus maridos, Willy, aunque posteriormente reivindicó su autoría. Lo primero que firmó con su nombre, en 1903, fue un artículo. *La naissance du jour*, fue publicada en 1928, cuando la autora contaba cincuenta y cinco años; sin duda es una obra de madurez, tanto por su estilo como por el tono, tanto por lo que nos dice como por lo que no nos dice. Colette misma confesó que trabajó en este libro «con desesperación». Ha sido definida

como una renuncia del amor, y tal vez hay que interpretarla así en el sentido de renuncia al amor a alguien concreto y reivindicación de un amor por la naturaleza y por la madre en la medida que ésta representa, —como muy bien nos dice Julia Escobar en el prólogo (en el cual se equivoca en más de una fecha) de su excelente traducción— la madre de Todo, «porque Colette es pánica». De hecho la obra comienza como un recuerdo de Sido, su madre, que alejada del mundo, renuncia al final de su vida a visitar a su hija y su marido, por atender la llegada de un cactus rosa, que florece, en determinado clima, cada cuatro años. Sabiendo que no le queda mucho de vida, prefiere aguardar ese florecimiento. En esa tensión se mueve todo este bellissimo relato, entre el mundo de los hombres (Colette fue alguien que amó a muchas personas) y la Naturaleza y sus ciclos, entre aquello a lo que otorgamos nombre y cuyo destino es único (la persona) y la existencia misteriosa y cíclica de lo natural. Hay que recordar que además de que la naturaleza está presente en muchas de sus novelas, Colette escribió ya cerca del final de su vida, un libro sobre flores y plantas, *Pour un herbier*.

El origen de la mujer sujeto, Miguel Cereceda, Ed. Tecnos, Madrid, 1996.

El argumento del libro de Cereceda está ya dicho en el título:

cuándo, y por lo tanto dónde a la mujer comienza a considerársele como igual al hombre. Esto no quiere decir que el asunto sea tan fácil. Cereceda no trata de hacer una historia universal de la mujer sino de indagar en Occidente el momento en que la mujer comienza a tener voz, es decir: comienza a ser un sujeto con voz; y esto lo encuentra Cereceda, exactamente en la poesía de los trovadores, en el Midi francés de los siglos XI al XIII. Algunas aseveraciones nos engañan, como cuando dice que el modelo privilegiado es el ajedrez, con su conocida introducción de la dama, precisamente en esa época. Digo que esto es algo vago porque si bien es un testimonio de valor, hay que rastrear los cambios producidos tanto en lo social como en la mentalidad para que esta dama aparezca. Pero lo cierto es que, como ya lo habían estudiado muchos provenzalistas, en esa época se cristaliza tanto una imagen nueva de la mujer como una dimensión de la pasión amorosa que iba a ser, con los matices que sea necesario introducir, la nuestra. Cereceda afirma lo siguiente: es posible que nuestros actuales usos amorosos no tengan sino un origen literario. Esto no es extraño: el amor no es instintivo, es una construcción, un producto de la imaginación, y por lo tanto, nada más lógico que se le hubiera dado forma en las cortes provenzales. Creo que el desarrollo de Miguel Cereceda, sus pesquisas y rastreos a través de algunos poetas del *fin' amors*, de